

Prólogo

Hace no muchos años publiqué, en esta misma colección, bajo el título de *Poemas metafísicos y Heráclito cristiano*, los cuarenta poemas de Quevedo que figuran en primer lugar en la edición de Blecua. En el prólogo se hacían algunas consideraciones generales acerca de la poesía de Quevedo sobre las que no tendría sentido volver ahora, ya que este volumen de *Sonetos morales* es continuación de aquel. Basten solamente unas observaciones acerca de los poemas que figuran aquí.

La primera edición de la poesía de Quevedo se publicó póstumamente, el año 1648, bajo el título de *Parnaso español* y al cuidado de su amigo José González de Salas. Los poemas están divididos por temas y géneros en diversas secciones, cada una de las cuales va adjudicada a una de las nueve musas. No se sabe si esta ordenación es producto de la voluntad de Quevedo o de la de su editor. De las nueve secciones proyectadas, en el *Parnaso español* sólo aparecen las seis primeras. Años después, en 1670, se publicó, al cuidado de un sobrino de Quevedo, un volumen que completaba al anterior bajo el título de *Las tres musas últimas castellanas*.

Ocupando el segundo lugar, y bajo la advocación de la musa Polimnia, figuran en el *Parnaso español* las poesías morales, «esto es —según explica González de Salas— que descubren y manifiestan las pasiones y costumbres del hombre, procurándolas enmendar». La sección está compuesta por ciento nueve sonetos y dos poemas extensos, el «Sermón estoico de censura moral» y la famosa «Epístola satírica y censoria».

Entre los sonetos hay algunos de tono filosófico y existencial, que hablan sobre la fragilidad de la vida humana, el paso del tiempo y la constante cercanía de la muerte. Blecua los reúne en un grupo aparte, bajo el título de «Poemas metafísicos»; algunos otros los separa también para incluirlos en la serie que el propio Quevedo tituló «Heráclito cristiano», colección que no pasó como tal a las ediciones impresas. Estos dos grupos de poemas son los que, con los mismos títulos, publicamos nosotros en el volumen aludido.

Así pues, los sonetos morales de Polimnia quedan ahora reducidos a noventa y dos, que en la edición de Blecua figuran con los números que van del 41 al 132. A ellos añade el editor dos más, el 133, que procede de *Las tres últimas musas castellanas*, y el 134, que sólo se ha transmitido en un cancionero manuscrito. Estos noventa y cuatro sonetos son los que, conservando la numeración de Blecua, publicamos aquí.

Como es sabido, la poesía áurea, al contrario que la moderna, se complace en la imitación de los clásicos, en la alusión erudita, en la cita escondida. Entre los poetas del Siglo de Oro, probablemente es Quevedo uno de los autores más proclives a las reminiscencias clásicas. Y esto se da en los sonetos morales en un grado mayor aún que en el resto de su obra. Muchos de estos poemas se basan en unos versos de

algún poeta latino, o en una frase de algún otro escritor pagano o cristiano. A veces todo el soneto es traducción y desarrollo del modelo, con lo que la alusión al texto anterior casi se convierte en la razón de ser del poema; otras veces, la referencia está más incorporada a un designio autónomo, pues se toma como punto de partida para seguir un desarrollo propio que en ocasiones cambia el sentido del pasaje imitado. Hay casos en que la frase inspiradora es asumida no como comienzo sino como broche final. Antonio Alatorre ha descrito de manera plástica la manera en que estos poemas nos hacen imaginar la labor del escritor:

El proceso de composición es muy 'visualizable': está Quevedo leyendo a Plutarco, a Epicteto, a algunos Padres de la Iglesia, a los satíricos latinos (Marcial, Persio, Petronio y, sobre todo, Juvenal), o bien a Séneca, su filósofo predilecto, y de pronto se detiene ante una frase llamativa por profunda, por lapidaria, por paradójica, etc., y piensa: «Aquí tenemos con qué fabricar un soneto. ¡Ea, manos a la obra!»¹.

Hay pocos poemas que no se basen en un modelo conocido; además, en este terreno hay que ser muy cauto, pues la investigación sobre Quevedo todavía nos habrá de dar noticia de fuentes que hasta ahora han pasado desapercibidas. Pero aun en los pocos casos en que no se pueda hallar el origen del poema en un texto anterior, en todos los sonetos morales se encuentran multitud de resonancias literarias ocasionales.

Se da a veces el caso curioso de que una anécdota personal enlaza con un viejo *topos*. Hay cuatro poemas (los núms. 58, 59, 101 y 129) que, excepcionalmente, tratan sobre sucesos de la época o sobre experiencias biográficas. Por ejemplo, el año 1633, en Cádiz, una tempestad causó daños a algunos barcos que estaban anclados en el puerto. Lo que al poeta le llama la atención es que esto sucediera en el lugar que se considera seguro y no en alta mar, como es más esperable. Quevedo parte de un hecho real y concreto que él interpreta en clave moralizadora; pero con ello enlaza con un tema muy antiguo y repetido, el del *naufragium in portu*, recogido en los *Adagia* de Erasmo y tratado por multitud de poetas. Hay otro caso parecido: cuando visitó Cartagena el año 1616, pudo observar que en la construcción del Castillo de la Concepción se habían aprovechado antiguas lápidas sepulcrales. El hecho mismo resulta llamativo, y parece llamado a provocar, por sí sólo, consideraciones de orden ascético. Pero a su vez, el elevarse y afianzarse sobre la ruina de otros es un tema tratado profusamente en escritores políticos y morales.

Sin duda, toda la literatura del Renacimiento y el Barroco se basa en la imitación de modelos y es posible que en el caso de la poesía moral, no solo en la de Quevedo, sino en toda la de su época, esto se haga más evidente, porque no sólo se reflejan en ella temas, símbolos y formulaciones que pertenecen al acervo de la tradición literaria, sino también actitudes, y conceptos morales; es decir, que no sólo se trata de

1. Alatorre, 2000, pp. 324-325.

formas, sino de contenidos. Las églogas de Garcilaso, llenas de alusiones y reminiscencias clásicas e italianas, expresan una concepción del amor propia y personal; en la visión de la naturaleza en Góngora, todo es artificioso y retórico, salvo su núcleo último. Podríamos decir que la poesía de Garcilaso y de Góngora expresa una concepción del mundo que incluye todo un horizonte cultural, pero ese horizonte no constituye la substancia misma de esa poesía.

Por el contrario, la moral de Quevedo es también en cuanto a su contenido algo que viene de lejos, una manera de pensar fundada en la tradición, es decir, en último término, una forma de la *imitatio*. No hay propiamente un pensamiento ético en la base de esta poesía. No es ya que se echen en falta ideas originales y novedosas, sino que no encontramos en ella una actitud intelectual activa. Por eso la importancia que tiene en esta poesía los modelos literarios anteriores no se puede desligar de una actitud general. Se acude a Persio y a Juvenal, a Plinio o a Séneca, no sólo para aprovechar un hallazgo expresivo o conceptual, sino porque éste trae consigo una configuración mental a la que se presta plena adhesión.

Esta aceptación indiscutida se hace visible, por contraste, si comparamos la ideología moral del Barroco español con la de la Francia de la época de Luis XIV. Las máximas de La Rochefoucauld, las comedias de Molière, los pensamientos de Pascal, los poemas de La Fontaine, el *Telemaco* de Fénelon o las novelas de Mme. de Lafayette, están atravesados por un dinamismo intelectual hecho de cuestionamiento de lo establecido. La moral del barroco español tiene tintes lúgubres y no presenta una actitud especialmente optimista ante la realidad; estos autores franceses también están impregnados en muchos casos de tristeza o de escepticismo, pero hay una diferencia cualitativa en su actitud ante el mundo intelectual y doctrinal que les rodea. En la poesía moral de Quevedo hay rebeldía contra la injusticia y desprecio por la maldad y estupidez humanas, pero nada lleva a hacerse preguntas, pues los criterios y los planteamientos parecen eternos e inamovibles. Las referencias a la tradición literaria nos sitúan en un espacio intelectual fijo, en el que es el pasado quien juzga al presente.

Esta ausencia de crítica hace que a veces las ideas se acartonan, se sitúen en un limbo ajeno al mundo real, como si se hubieran convertido en una formulación estereotipada, en un fin en sí mismas; en definitiva, lo que ocurre es que la moral se ha convertido en una forma de retórica.

En muchos casos, esto ocurre porque la censura es de orden tan general que casi pierde toda relación con la realidad práctica. Condenar la riqueza porque bajo la aparente felicidad del potentado no hay más que desgracia y maldad, o señalar que si el hombre se deja llevar por sus impulsos y por sus deseos espontáneos está destruyendo lo mejor de sí mismo, son afirmaciones tan vagas que no parecen incidir sobre nada ni ser susceptibles de especial controversia.

Pero a veces en esta poesía se tratan asuntos o se exponen criterios que han quedado realmente al margen de toda posibilidad práctica, de toda aplicación a la vida de los individuos. Por ejemplo, uno de los temas recurrentes de la poesía de la época clásica es la condena de la navegación. Mientras que en la Edad de Oro los hombres vivían pacíficamente en donde habían nacido, la invención de los barcos nace del deseo de riquezas, y de encontrar nuevas tierras para sojuzgarlas. De ahí las guerras entre pueblos que antes se desconocían y la aparición de un nuevo género de muerte que antes no existía. Quevedo dedica varios sonetos a este tema (núms. 89, 107, 112, 134). Pero esta idea jamás sirvió para someter a escrutinio moral los viajes por mar que, con fines bélicos o comerciales, se realizaban en la época, aun cuando ciertamente todos eran conscientes de los riesgos que suponían. La caza era uno de los pasatiempos predilectos de la nobleza, pero desde la antigüedad fueron varios los moralistas y filósofos que la condenaron como ejercicio brutal, por la violencia que implica y por la crueldad para con los animales, tema que desarrolla Quevedo en el soneto 77. También es tradicional la censura contra el arreglo en las mujeres y el uso de joyas caras y lujosas (61 y 106). Todos estos temas se encuentran en otros poetas y en escritores satíricos y doctrinales. Pero parece tratarse más bien de ideas petrificadas que de verdaderas reflexiones morales. Nos cuesta trabajo imaginar que un hombre del siglo XVII fuera a confesarse o se arrepintiera en su lecho de muerte de haber viajado en barco, de haber ido de caza o de haberle regalado joyas a su esposa. Se trata de ideas guía, de ideas que se consideraba bueno «contemplar», que actuaban como puntos de referencia en el orden moral, y que podían dar lugar a pasajes de vigorosa retórica, como en muchos de los poemas que aquí se publican, pero que no contienen propiamente un juicio que pudiera tener aplicación en el campo del comportamiento práctico, real y verdadero.

En cualquier caso, los criterios morales en que se basa la poesía de Quevedo, como la de muchos otros escritores de su tiempo, nunca suponen una incitación para mejorar el mundo. Por el contrario, todo va encaminado a exhortar al individuo a apartarse de él para refugiarse en una soledad en la que la vida del hombre no se deje contaminar por la perversidad de su entorno. El tráfico social es, en principio, malo, y produce efectos moralmente perniciosos en quien se deja seducir por sus sollicitaciones. La virtud es fundamentalmente negativa, está hecha de apartamiento, de soledad, de rechazo, de refugio en sí mismo. Hay que huir de la realidad y no caer en la ingenuidad de pretender transformarla: «En el mundo naciste, no a enmendarle, / sino a vivirle, Clito, y padecerle; / puedes, siendo prudente, conocerle; / podrás, si fueres bueno, despreciarle» (núm. 70).

Por ello, la línea divisoria fundamental que atraviesa el corpus de la poesía moral de Quevedo separa a ésta en dos grandes grupos: el de los poemas que contienen un juicio negativo sobre la sociedad en general o sobre determinados individuos, y, por el otro lado, el de los que expre-

san una moral positiva, no de censura contra el vicio sino de alabanza de la virtud; es decir, los que incitan al apartamiento, a la soledad y a la concepción estoica de la vida.

En el primer grupo, algunos expresan una crítica de orden político. En los centros de poder todo está hecho de mentira, de corrupción e intriga (núms. 45, 46, 50, 73, 79, 104), por lo que hay que huir de cargos y responsabilidades y no caer en las trampas de la ambición (80). El interés por las reglas del buen gobierno, que aparece en otras obras del autor, está aquí completamente ausente. Con mucha frecuencia la diatriba se dirige contra el que ha subido a lo más alto y al que, por tanto, sólo le queda la caída (55, 56), o se habla sobre la soledad del tirano, al que nadie le dirá nunca una verdad (93), sobre el constante temor del poderoso que no tiene nada que ganar y sí todo que perder (67, 86), sobre su olvido del castigo divino (130), sobre la crueldad de su ruina final (120). Hay varios poemas que ponen de relieve el contraste entre la felicidad exterior del rico y un interior lleno de angustia o de maldad (42, 88, 99, 105, 116, 118).

Otras veces se censuran pasiones más concretas, como la gula (64, 121), la avaricia (66) o la venalidad de un juez (125), o actitudes contempladas con espíritu crítico y no sin cierta mordacidad, como el fingido dolor del heredero que en realidad se alegra de la muerte de su pariente (54), la devoción del que dirige a Dios plegarias interesadas, que no se atrevería a decir en voz alta (69, 132), o la hipocresía de beatas y santurrones (110). En ocasiones se pasa de una visión general al caso concreto: el del malvado que consigue aparecer ante los demás como hombre respetable (74), el del que adopta una actitud severa y reconcentrada para ser considerado persona de hondos pensamientos (113), el del advenedizo que ahora mira a los demás por encima del hombro (52) o el de la adúltera que es vituperada no por su comportamiento sino por su descaro al exhibirlo (78).

Así pues, los poemas van desde la reprobación de vicios generales y el desprecio a la sociedad, hasta la caricatura de individuos o la broma sobre debilidades humanas. Algunas veces se basan en anécdotas históricas, otras en personajes reales o inventados.

Todas estas ideas y actitudes, que se sitúan de una manera explícita en la estela de las sátiras de Horacio, de Persio o de Juvenal, muestran la indignación del moralista ante las flaquezas humanas, pero también manifiestan esa fruición del que se permite juzgar a los demás desde una postura presuntamente superior. El discurso moral no puede ocultar del todo la complacencia que conlleva el criticar y condenar al prójimo, además de esa misteriosa satisfacción que se siente al ofrecer una visión catastrófica del mundo y de la sociedad, presentándolas como un desastre sin paliativos ni solución. En algunos casos se percibe el placer malsano de contemplar la naturaleza humana en sus momentos de mayor degradación y envilecimiento. El sujeto que, en otros poemas

de Quevedo se muestra a sí mismo como individuo menesteroso y pecador; adopta aquí una actitud muy diferente.

El segundo grupo de los sonetos morales está constituido por las composiciones en donde ya no se zahiere el vicio sino que se plantea la búsqueda de la vida buena. Ésta consiste en actuar de acuerdo con esa experiencia tan fundamental del hombre barroco que es el desengaño. Observemos que lo que es común a todos los poemas admonitorios de los que venimos hablando es que el mal y la desgracia proceden de una visión falsa de la realidad. El hombre cree que el poder, la riqueza, los honores, los placeres, responderán a ese deseo infinito en que él se siente, oscuramente, consistir. Esta situación se define por su carácter inicial, primario: el mundo es lo que, en principio, engaña al hombre. Éste, por su naturaleza pecadora y degradada, está destinado a caer en sus trampas y a morder su anzuelo. La sabiduría consiste en efectuar el doloroso proceso, en el que el individuo ha de luchar contra sus propensiones más inmediatas, que lleva a desvelar la falsedad del mundo, para arrancarle sus máscaras y comprender, no de manera meramente intelectual sino vital, su inanidad, su incapacidad para responder a los deseos humanos.

La vida buena, la vida virtuosa, consiste en realizar en uno mismo esa transformación que es fruto del desengaño y vivir de acuerdo con ella. Sólo así se podrá conseguir esa pequeña porción de felicidad que le es permitida al hombre en la tierra. Esa felicidad está hecha de apartamiento (60, 85), de dedicación a los trabajos relacionados con la agricultura (124), de soledad consagrada a la lectura y el estudio (131), de aceptación de la pobreza (68, 123), de humildad (72, 76), de conformidad y estoicismo (98). Con frecuencia, más que la alegría de la consecución, se exalta el vigor moral que se necesita para transitar por el camino de la virtud (81, 82).

* * *

No hay en esta edición de los *Sonetos morales* novedades en el aspecto textual. Me baso en la edición de Blecua y tengo en cuenta las aportaciones posteriores de Alfonso Rey, Lía Schwartz e Ignacio Arellano. Sólo en dos o tres lugares hago alguna sugerencia de corrección de un texto determinado. Mi intención ha sido la de anotar cada uno de los poemas para ofrecer al lector el máximo de aclaraciones sobre su sentido literal así como acerca de fuentes y motivos poéticos. Doy la bibliografía cuando existen trabajos consagrados a analizar algún poema en particular, o cuando en un libro general sobre Quevedo hay algunas páginas que pueden iluminar un pasaje concreto. Naturalmente, he tenido en cuenta las diversas ediciones anotadas de la poesía de Quevedo, que cito en cada caso cuando recojo alguna de sus aportaciones. Al señalar fuentes o lugares paralelos, suelo aducir el texto completo, no solamente la referencia. Mi intento ha sido ofrecer todos los materia-

les necesarios para la comprensión de cada poema y para su estudio dentro de su contexto histórico y cultural. Quevedo plantea innumerables dificultades; el sentido literal de los textos es a veces oscuro, y su poesía contiene, como hemos visto, múltiples alusiones culturales cuyo conocimiento resulta necesario para su plena aclaración. Espero haber aportado algo a la solución de estos problemas, con la seguridad de que aún les queda mucho por hacer a los futuros estudiosos de Quevedo.